

III. GRUESO DE LA HUESTE INVASORA PASA A TUMBES. ANIQUILAMIENTO DE SU VANGUARDIA.

Un día luego de partidas las balsas de avanzada, el grueso de la hueste invasora salió de Puná, en los barcos y a bordo de otras balsas, que no fueron suficientes para todos pues en la isla debió quedarse parte de la gente y los indios aliados nicaraguas al mando de Sebastián de Benalcázar, que habría de soportar casi heroicamente la hostilidad de los nativos. Uno de los que salió con los barcos, Ruy Hernández Briceño, recordaría así la jornada: "Salimos de la dicha isla en navíos y balsas y fuimos a Tumbes".

Muchas esperanzas llevaban los invasores conforme consignara la Crónica Rimada: "A Tumbes se fueron con mucho placer/ con tal aparejo para ir adelante/ estando el ejército ya muy pujante/ para poder en mucho emprender/". Ignoraban lo sucedido con la vanguardia. Luego de tres días de navegación -dice un actor de los hechos- "vinieron los navíos a (avistar) la playa de Tumbes". Grande fue la sorpresa de los invasores al ver la playa desierta; los tumbesinos no salían calurosos a recibirlos, como habían esperado. Por ninguna parte podía vérselos. Y tampoco a los que marcharon en las balsas de avanzada, que seguro por precaución permanecieron algún tiempo en sus escondites. Habían tenido "por cierto de hallarlos allí y a todos los del pueblo y comarcas pacíficas; y fue al revés". Concluyeron entonces en que "estaban los indios alzados", según relata la crónica española.

No había manera de bajar a tierra, y tal vez pocos se hubiesen atrevido a hacerlo en aquellas últimas horas del día: "Por estar la tierra alzada no hubo balsas para ayudar a desembarcar la gente y caballos". Tampoco hubo cómo aplacar el hambre y de nada les hubiera servido buscar alimentos en tierra, "pues los indios de dicho pueblo (habían) alzado todas las comidas". En tal difícil trance, Francisco Pizarro y sus más audaces hombres dejaron los navíos y llevando sus caballos en una balsa pasaron a tierra. Aunque desembarcaron teniendo casi encima la noche, cabalgaron algún trecho en distintas direcciones, logrando capturar a algunos nativos, viejos y enfermos, que dieron informe de "como se habían alzado (los de Tumbes) y llavándose los tres cristianos y ropas en las balsas". Los de Pizarro creyeron perdida a toda su avanzada y mucho se dolieron de ello, pero cuando regresaban a la playa dieron con Soto y algunos otros, reanimándose en algo. Estos les confirmaron lo confesado por los prisioneros.

Alarmados por estas noticias varios otros españoles que habían desembarcado se volvieron a los navíos llevando el desasosiego a sus camaradas. Francisco Pizarro, su hermano Hernando, Soto y otros dos invasores prefirieron quedarse en la playa, sin atreverse a desmontar y esperando hallar a los Mena," toda la noche no se apearon de sus caballos".

A bordo de los barcos reinaba una tremenda confusión. Pedro Pizarro, asistente a tales horas difíciles, vio "tanta tristeza en la gente que fue cosa de maravilla, porque toda la noticia que había y confianza era de Tumbes". La mayoría clamaba a grandes voces volver a Panamá y no morir en esas inhóspitas tierras. Pero se escuchaba también a los veteranos pedir calma y paciencia, diciendo que en guerras de conquista esas situaciones eran normales y de seguro los capitanes sabrían cómo superarlas.

A pesar de ello, pocos podían lograr la tranquilidad. Los que más se pesaban de su suerte eran los pobres indios auxiliares traídos desde Centro América por la fuerza: "aquí fue el gemir de los de Nicaragua". Y la desesperación también hacía presa en los españoles más bisoños, y en los más timoratos. Se escuchó maldecir de Pizarro,"diciendo que los traía perdidos en tierras remotas y de tan poca gente, porque hasta aquí en este Tumbes no se tenía noticia de la grosedad de la tierra". Sólo el ejemplo de coraje mostrado por algunos bravos impidió que estallara un motín que hubiese variado el curso de la historia. En la plaza, Pizarro pasó aquella noche triste lamentándose de que "los de Tumbes, a quie(nes) él tanto había honrado", (hubiesen) hecho tan gran villanía de ponerse en armas para dar la guerra y muerto tan malamente a los dos (o tres) cristianos (de vanguardia); quejábanse de ellos llamándolos traidores.